

I

El melodrama nos ha mostrado con tanta frecuencia a los bandoleros italianos del siglo dieciséis, y tanta gente ha hablado sobre ellos sin conocerlos, que hoy en día tenemos al respecto una idea completamente equivocada. En general puede decirse que estos bandidos actuaron como *oposición* a los gobiernos atroces que, en Italia, sucedieron a las repúblicas de la Edad Media. El nuevo tirano era normalmente el ciudadano más rico de la difunta república y, para seducir a la plebe, adornaba la ciudad con iglesias magníficas y hermosos cuadros. Así lo hicieron los Polentini de Roma, los Manfredi de Faenza, los Riario de Ímola, los Cane de Verona, los Bentivoglio de Bolonia, los Visconti de Milán y, por último, los menos belicosos y los más hipócritas de todos, los Médicis de Florencia. De entre los historiadores de estos pequeños estados, nadie se atrevió a narrar los innumera-

bles envenenamientos y asesinatos provocados por el miedo que atormentaba a esos pequeños tiranos; estos historiadores tan serios estaban en su nómina. El lector debe tener presente que todos estos tiranos conocían personalmente a cada uno de los republicanos por los que se sabían execrados (por ejemplo, el gran duque de Toscana, Cosme, trataba con Strozzi), que muchos de estos tiranos perecieron asesinados, y así se comprenderán los odios profundos, las suspicacias eternas que insuflaron tanto ingenio y valentía a los italianos del siglo dieciséis, y tanta genialidad a sus artistas. Veremos que estas pasiones profundas impidieron el nacimiento de ese prejuicio tan ridículo al que, desde los tiempos de madame de Sévigné, llamamos «honor» y que consiste sobre todo en sacrificar la propia vida para servir al amo del que hemos nacido vasallos, y para complacer a las damas. En la Francia del siglo dieciséis, la actividad de un hombre y su mérito real solo podían demostrarse y conquistar la admiración mediante la valentía en el campo de batalla o en los duelos; y como las mujeres amaban el valor y sobre todo la audacia, se convirtieron en los jueces supremos del mérito de un hombre. Nació entonces el «espíritu de la galantería», que propició la destrucción, una por una, de todas las pasiones e incluso del amor, en provecho de ese tirano cruel al que todos obedecemos: la vanidad. Los reyes fomentaron la vanidad, y con motivo: de ahí el poder de las condecoraciones.

En Italia, un hombre podía distinguirse por *todo tipo* de méritos, por sus grandes acciones, ya fueran con la espada

o merced a sus descubrimientos en antiguos manuscritos: véase a Petrarca, el ídolo de su época; y una mujer del siglo dieciséis podía amar a un hombre que dominara el griego tanto o más de lo que amaría a un hombre célebre por su arrojo militar. Entonces se vivían pasiones, y no la práctica de la galantería. He aquí la gran diferencia entre Italia y Francia, he aquí por qué Italia vio nacer a los Rafaeles, los Giorgiones, los Tizianos, los Correggios, mientras Francia producía a todos sus valientes capitanes del siglo dieciséis, completos desconocidos hoy en día, cada uno de los cuales liquidó a un ingente número de enemigos.

Pido perdón por estas rudas verdades. Sea como fuere, las venganzas atroces, *necesarias*, de estos pequeños tiranos italianos de la Edad Media reconciliaron a los bandoleros con el corazón del pueblo. La gente odiaba a los bandidos cuando robaban caballos, trigo, dinero, en una palabra: todo aquello que les era necesario para vivir; pero en el fondo, el pueblo los apoyaba en su corazón; y las muchachas de la aldea preferían antes que a cualquier otro al joven que, alguna vez en la vida, se había visto obligado a *andar alla machia*, es decir, a huir al bosque y refugiarse entre los bandoleros tras haber cometido algún acto demasiado imprudente.

Incluso en nuestros días, indudablemente todo el mundo teme toparse con los bandoleros; pero cuando se les castiga, todos los compadecen. Y es que este pueblo tan mordaz, tan burlón, que se ríe de todos los escritos publicados bajo la censura de sus señores, lee habitualmente los pequeños

poemas que narran con entusiasmo la vida de los bandidos más famosos. El heroísmo que halla en estas historias aviva la vena artística que siempre anida *entre las clases bajas* y, por lo demás, el pueblo está tan cansado de las alabanzas oficiales dedicadas a cierta gente, que todo elogio no oficial va directo a su corazón. Hay que saber que la plebe, en Italia, sufre ciertos abusos de los que el visitante no se percataría jamás, ni aunque hubiera vivido diez años en aquellas tierras. Por ejemplo, hace quince años, antes de que la pericia de los gobiernos acabase con el bandolerismo,¹ no era raro ver cómo ciertas de sus acciones castigaban las iniquidades de las *autoridades* de las pequeñas poblaciones. Estos dirigentes, jueces absolutos cuya paga no asciende a más de veinte escudos al mes, están por supuesto a las órdenes de la familia más respetable del lugar, la cual, a través de este método tan sencillo, oprime a sus enemigos. Si bien los bandidos no siempre lograban castigar a estos pequeños gobernadores despóticos, al menos sí se burlaban de ellos y los desafiaban, lo que no es poco a los ojos de este pueblo ingenioso. Un soneto satírico lo consuela de todos sus males y no olvida jamás una ofensa. He aquí otra de las diferencias esenciales entre italianos y franceses.

1. Gasparone, el último bandolero, negoció con el gobierno en 1826; está encarcelado en la fortaleza de Civitá-Vecchia con treinta y dos de sus hombres. Le obligó a negociar la falta de agua en las cumbres de los Apeninos, en las que se había refugiado. Es un hombre sagaz, de rostro bastante agradable.

En el siglo dieciséis, si el gobernador de un burgo condenaba a muerte a un pobre vecino odiado por la familia dominante, era normal ver a los bandoleros asaltando la prisión para intentar liberar al cautivo. Por su parte, la poderosa familia, que no se fiaba de los ocho o diez soldados del gobernador encargados de vigilar la prisión, reclutaba con su propio dinero una tropa provisional de mercenarios. Estos, a los que se llamaba los *bravi*, acampaban en los alrededores de la prisión y se encargaban de escoltar hasta el lugar de la ejecución al pobre diablo cuya muerte había sido comprada. Si la familia acaudalada contaba en su seno con un hombre joven, él era quien capitaneaba estos improvisados destacamentos.

Este aspecto de la civilización clama a la moral, lo admito; en nuestros días tenemos los duelos, las contrariedades y los jueces no se venden; pero estas costumbres del siglo dieciséis eran maravillosamente apropiadas para forjar hombres dignos de ese nombre.

Muchos historiadores, alabados aún en nuestros días por la literatura rutinaria de las academias, han intentado disimular este estado de cosas que, hacia el año 1550, forjó tan grandes caracteres. En su tiempo, sus prudentes mentiras fueron recompensadas con todos los honores de los que podían disponer los Médicis de Florencia, los d'Este de Ferrara, los virreyes de Nápoles, etc. Un pobre historiador, llamado Giannone, quiso descorrer una esquina del velo; pero, como no se atrevió a revelar más que una mínima parte de la verdad, y aun así de forma dubitativa

y confusa, sus escritos resultan muy aburridos, lo que no impidió que muriera en prisión a los ochenta y dos años, el 7 de marzo de 1758.

Lo primero que hay que hacer, por tanto, si se quiere conocer la historia de Italia, es no leer en absoluto a los autores generalmente aceptados; en ningún otro sitio reconocemos mejor el valor de la mentira, en ningún otro sitio ha sido esta tan bien pagada.²

Las primeras historias escritas en Italia, tras el gran periodo de barbarie del siglo noveno, mencionan ya a los bandoleros, y hablan de ellos como si hubieran existido desde tiempos inmemoriales. (Véase la antología de Muratori.) Cuando, por desgracia para la felicidad pública, para la justicia, para el buen gobierno —aunque por fortuna para las artes—, las repúblicas de la Edad Media fueron sojuzgadas, los republicanos más enérgicos, los que amaban la libertad más que la mayoría de sus conciudadanos, se refugiaron en los bosques. Naturalmente el pueblo ultrajado por los Baglioni, por los Malatesta, por los Bentivoglio, por los Médicis, etcétera, amaba y respetaba a sus enemigos. Las crueldades de los pequeños tiranos que sucedieron

2. Paolo Giove, obispo de Cosme, Aretino y otros cien menos entretenidos que ellos, a los que el aburrimiento que difunden ha salvado de la infamia, como Robertson y Roscoe, están repletos de mentiras. Guicciardini se vendió a Cosme I, que se mofó de él. En nuestros días, Colletta y Pignotti han dicho la verdad, este último con un constante temor a ser destituido, a pesar, incluso, de haber dispuesto que su obra no se imprimiera hasta después de su muerte.

a los primeros usurpadores —por ejemplo, las crueldades de Cosme, primer gran duque de Florencia, que hacía asesinar a los republicanos refugiados incluso en Venecia, incluso en París— proporcionaron nuevos reclutamientos a estos bandoleros. Por no mencionar que, en tiempos cercanos a aquellos en los que vivió nuestra heroína, hacia el año 1550, Alfonso Piccolomini, duque de Monte Mariano, y Marco Sciarra dirigieron con éxito bandas armadas que, en las cercanías de Albano, desafiaban a los soldados papales, por entonces muy valerosos. El campo de acción de estos famosos cabecillas, a los que el pueblo admira todavía hoy, se extendía desde el Po y las marismas de Rávena hasta los bosques que en aquella época cubrían el Vesubio.

El bosque de la Faggiola, tan célebre por las hazañas que allí tuvieron lugar, y situado a cinco leguas de Roma sobre el camino hacia Nápoles, era el cuartel general de Sciarra, quien, bajo el pontificado de Gregorio XIII, reunió a varios millares de soldados. La historia detallada de este ilustre bandolero resultaría increíble a los ojos de la presente generación, en el sentido de que nunca podríamos comprender las motivaciones de sus actos. No fue derrotado hasta 1592. Cuando comprendió que su situación era desesperada, negoció con la república de Venecia y pasó a su servicio junto a los más devotos de sus soldados, o los más culpables, como se prefiera. Ante las protestas del gobierno romano, Venecia, que había firmado un tratado con Sciarra, lo mandó asesinar y envió a sus valientes soldados a defender la isla de Candía contra los turcos. Pero

la inteligencia veneciana era consciente de que en Candía reinaba una peste mortífera, y en pocos días los quinientos soldados que Sciarra había llevado al servicio de la república quedaron reducidos a un total de sesenta y siete.

Este bosque de la Faggiola, cuyos gigantescos árboles cubren un antiguo volcán, fue el último escenario de las hazañas de Marco Sciarra. Todos los viajeros reconocerán que es el paraje más magnífico de estos admirables campos de Roma, cuyo aspecto parece haber sido creado para la tragedia. La foresta corona con su negra espesura las cumbres del monte Albano.

Debemos esta magnífica montaña a una erupción muchos siglos anterior a la fundación de Roma. Surgió en una época que precede a todas las historias, en medio de la vasta planicie que entonces se extendía entre los Apeninos y el mar. El Monte Cavi, que se eleva rodeado por las umbrías frondosidades de la Faggiola, es su punto culminante; se aprecia desde cualquier punto, tanto desde Terracina y Ostia como desde Roma y Tívoli, y la montaña de Albano, ahora sembrada de palacios, es la que, hacia el sur, remata ese horizonte de Roma tan célebre entre los viajeros. Un convento de monjes negros³ ha reemplazado, en la cima del Monte Cavi, al templo de Júpiter Feretrio,

3. Monjes benedictinos, así llamados por el color de sus hábitos. Sin embargo, en el resto de los pasajes del relato, el autor señala que dicho convento pertenecía a otra orden monacal, la de los capuchinos (N. de la T.).

al que los pueblos latinos venían para ofrecer sacrificios en común, y para consolidar los lazos de una especie de federación religiosa. Protegido por un follaje de magníficos castaños, el viajero alcanza, en unas horas, los enormes bloques que señalan las ruinas del templo de Júpiter; pero bajo esta fronda oscura, tan deliciosa en este clima, el viajero contempla con inquietud, incluso hoy en día, las profundidades del bosque: teme a los bandidos. Llegados a la cima del Monte Cavi, encendemos un fuego en las ruinas del templo para preparar la comida. Desde este lugar, que domina toda la campiña romana, vemos, a poniente, el mar, que parece encontrarse a dos pasos, aunque en realidad dista tres o cuatro leguas; distinguimos hasta los barcos más pequeños; incluso con el catalejo más rudimentario podemos contar las personas que bajan del barco de vapor en Nápoles. En todas las demás direcciones, la vista se extiende sobre una magnífica planicie que termina, a levante, en los Apeninos, más allá de Palestrina, y, al norte, en San Pedro y el resto de los edificios monumentales de Roma. Como el Monte Cavi no es muy elevado, el ojo distingue los mínimos detalles de esta tierra sublime, que podría prescindir de todo prestigio histórico, y sin embargo, cada grupo de árboles, cada entrepaño en ruinas, dividido en la planicie o en las faldas de la montaña, recuerda una de esas batallas, tan admirables por su patriotismo y su bravura, que narra Tito Livio.

Todavía en nuestros días podemos seguir, para llegar a los enormes bloques, restos del templo de Júpiter Feretrio

que sirven de muro al jardín de los monjes negros, el *camino triunfal* que recorrieron en la Antigüedad los primeros reyes de Roma. Está pavimentado con piedras talladas con enorme precisión y, en el corazón del bosque de la Faggiola, encontramos largos tramos de esta ruta.

Al borde del cráter extinto que, lleno ahora de una agua límpida, se ha convertido en el hermoso lago de Albano, con una orilla de cinco o seis millas de longitud, tan profundamente encastrado entre los farallones de lava, estaba situada Alba, la madre de Roma, a la que la política romana destruyó ya en tiempos de los primeros reyes. Con todo, sus ruinas aún sobreviven. Algunos siglos más tarde, a un cuarto de legua de Alba, se levantó Albano, la ciudad moderna; pero esta se halla separada del lago en sí por una cortina de riscos que ocultan el lago a la ciudad y la ciudad al lago. Cuando se la observa desde la planicie, sus blancos edificios se destacan sobre el verdor oscuro y profundo del bosque —tan querido por los bandoleros y tan renombrado—, que corona por doquier la montaña volcánica.

Albano, que cuenta hoy en día con cinco o seis mil habitantes, tenía menos de tres mil en 1540, cuando surgió, de entre las primeras filas de la nobleza, la poderosa familia Campireali, cuyas desgracias vamos a narrar.

Traduzco esta historia a partir de dos voluminosos manuscritos, uno de ellos romano y el otro procedente de Florencia. Corriendo un gran riesgo, me he aventurado a reproducir su estilo, que es muy similar al de nuestras

antiguas leyendas. El estilo actual, más fino y mesurado, hubiera sido, a mi juicio, demasiado desacorde con los hechos narrados y sobre todo con las reflexiones de los autores, que escribieron hacia el año 1598. Solicito la indulgencia del lector tanto para ellos como para mí mismo.